



# Historia sobre la verdad

Una nota

de GUT

**E**L Consejero, en el fondo, era un hombre bueno. Hasta alcanzar su edad viril, le repugnó mentir. Después, ingresó en la carrera política. En los primeros años actuó como edil, y sus mentiras eran tímidas e inocuas: un proyecto de aumento a los obreros municipales, algún discurso necrológico elogiando la honradez de un correligionario prematuramente desaparecido, ciertas licencias por enfermedad para dejar que su primer suplente también obtuviera la medalla de edil. Al ingresar a la Cámara de Representantes, comenzó a mentir sobre cuestiones de interés general y en forma absolutamente documentada, lo cual le granjeó un justo prestigio. Quince años de este ejercicio perfeccionaron su estilo, le añadieron una notable calidad literaria y le proporcionaron un copioso bagaje de datos técnico-financieros que, en forma insensible, iban incorporándose a su memoria de tanto leer en el diario del partido las versiones —completamente alteradas por un excelente cronista— de sus discursos parlamentarios.

Cuando se le eligió para una banca en el Senado, no podía decirse que fuera un canalla (porque —al revés de lo que vociferan algunos misántropos y fracasados sociales— en política la mentira no tiene nada que ver con la moral y las buenas costumbres y es, simplemente, el instrumento para labrar la felicidad de los pueblos), pero la grandiosidad de su desfachatez lo convirtió sin discusión en el líder natural de la bancada. Sus posteriores biógrafos coinciden en que es a partir de esa etapa senatorial cuando su estatura política adquiere realmente dimensiones nacionales. Allegados y familiares aún sobrevivientes, relatan, con respecto a esa época, que nunca fue el grande hombre más admirable y digno de respeto que cuando el hábito de mentir llegó a consustanciarse tanto con su esencial manera de ser, que mentía hasta en la firma, desfigurando la rúbrica para confundir a su secretaria. En él la mentira no era ya una segunda personalidad; tantos años de perseverancia modesta y ahincada en el error y la adulteración, habían hecho que pudiera considerarse la Mentira misma, resultado del que muy pocos hombres comunes pueden jactarse. "Lágrimas de emoción —ha relatado uno de sus más per-

sistentes amigos políticos— se asomaban a los ojos de todos nosotros cada vez que él abría la boca para tergiversar algo."

No extrañó a nadie, entonces, que al término de un período parlamentario particularmente brillante —donde llegó a sostener un criterio en una Sub Comisión Investigadora, otro en la Comisión Investigadora, un tercero en Sala al considerarse el informe y, luego de votar la interpelación al Ministro del Ramo, la hizo fracasar al defender airoosamente la posición gubernamental como Ministro interpelado, ya que en el interin había sido llamado al gabinete por una pasajera crisis del partido gobernante— se le eligiera candidato al Consejo.

Como era de esperarse, fue electo, y su gestión como Consejero Nacional estuvo de acuerdo a sus antecedentes. En este período de su carrera política, llamado por los historiadores nacionales "de la Confusión Colegiada", se promulgó a sus instancias un Reglamento General de Sesiones del Consejo —que constaba de dos textos distintos, aplicables a la mayoría o a la minoría—, y se instauró el eficiente régimen de que la versión taquigráfica de las reuniones fuera confeccionada con anterioridad a los planteos y deliberaciones, a los efectos de que éstos coincidieran con los repar-tidos a la prensa.

El Consejero —lo reconocen aun sus más encarnizados enemigos— mantuvo durante toda su actividad como miembro del Poder Ejecutivo, una inabornable y recta línea de conducta con respecto a la verdad, sin incurrir en ella ni una sola vez. Mejor dicho: en una única y brevísima oportunidad esta inflexible posición de principios sufrió un deterioro. Fue casi imperceptible (duró escasas horas), pero como considero que un hombre público debe ser juzgado por la posteridad con sus luces y sus sombras, me atrevo a relatar aquí el incidente.

Una tarde, en mitad de la sesión, el Consejero estaba hablando sobre un grave problema que afectaba a las clases productoras del país, cuando un miembro de la minoría lo interrumpió soez e irresponsablemente (como suelen interrumpir todas las minorías), con una pregunta.

De acuerdo con la tradición política del país, el Consejero sonrió con desprecio y se dispuso a contestar con una mentira, que es como debe contestarse siempre a las minorías que no dejan gobernar. Ya estaba abriendo los labios para cumplir con su deber, cuando algo inesperado e irrefrenable nació en su diafragma, y le cortó la respiración por un brevisimo instante. Sintió que su pulso se aceleraba, y que aumentaba la proporción de adrenalina en su corriente sanguínea; contra su voluntad, en su glotis comenzaban a formarse palabras que él no quería, no podía pronunciar. Se le erizó perceptiblemente la piel de la espalda, y con disimulo, constató que su pulso estaba en 120. La lengua se le había puesto súbitamente tumefacta y dolorosa, y una columna de aire ascendente, impelida con violencia por las contracciones del plexo solar, le hizo comprender con secreto horror que estaba sufriendo un acceso de veracidad. Al cabo de uno o dos segundos de intolerable consternación, tuvo que hablar y, como en sueños, se oyó respondiendo una frase que era toda verdad, de la primera a la última letra. Hubo un movimiento de espanto y estupor en todos los presentes. El mismo miembro de la minoría que había hecho la pregunta, se irguió incrédulo y repitió la interrogante. De pie, helado de terror y transpirando como un condenado a muerte, pero impotente para refrenar el acceso, el Consejero volvió a contestar la verdad. Lágrimas de desesperación corrían por sus mejillas mientras hablaba. Después se sentó, blanco como un papel, destrozado.

Diez minutos más tarde, la inconcebible noticia corría por la Casa de Gobierno; una hora después se comentaba en toda la ciudad. Por la noche, las ediciones de los diarios y los noticieros radiales difundieron el hecho, y, después de la cena, las teletipos de las agencias noticiosas difundían la situación del gobierno motivada por la actitud del Consejero, y en los círculos financieros y bursátiles se calculaba febrilmente las consecuencias.

Primero fue una poderosa entidad de productores, audida directamente por la respuesta veraz del Consejero. "Si nuestra situación —comentó su Presidente en un espacio especial de TV— será considerada por el gobierno de acuerdo a los datos que ha manifestado el señor Consejero, desde ya podemos anunciar que nuestra producción arrojará un déficit imposible de soportar. Las condiciones de producción serán absolutamente anti-económicas, por lo cual desde ya anunciamos que nuestros stocks serán almacenados a la espera de un tratamiento equitativo, que contemple los esfuerzos de las sacrificadas clases productoras, en vez de dejarlas libradas a la voracidad fiscal y a la anarquía de los agitadores sociales". Dos horas después, las restantes entidades de productores se sumaban a esa protesta, paralizando las ventas y las negociaciones con los mercados exteriores. Casi simultáneamente, los sindicatos que agrupaban a los obreros interesados en la actividad, se declaraban en huelga, denunciando "un lock-out patronal", y un rápido paro general en solidaridad con los obreros afectados paralizaba las restantes actividades del país. En consecuencia, el ejército fue acuartelado, y la policía —mediante un de-

creto de emergencia creando 3.000 plazas de agentes especiales —ocupaba las principales arterias de la capital y distribuía sus efectivos en todas las esquinas, exigiendo salvoconductos para circular por el centro. Ante la situación, la Asamblea General se declaró en sesión permanente, encargando el buffet a la mejor Confeitería de la ciudad, y, mientras la minoría proponía la interpelación al Gabinete en conjunto, y el ala izquierda de la minoría se pronunciaba por el juicio político al Consejero, la mayoría enfrentaba una grave crisis de unidad y, cada media hora, dejaba la sesión sin número para reunirse en el Salón Verde del Palacio, a verificar la alteración de votos producida por las incansables defecciones y pases de uno a otro sector del oficialismo.

Alertado por las agencias noticiosas ante la presunta crisis, el Fondo Monetario Internacional suspendió las conversaciones que venía realizando en Washington con una delegación del país, sobre la posibilidad de equiparación de la moneda nacional a un tipo de cambio intermedio entre el lempira y el tálero austriaco, un alto dirigente del Kremlin aludió velada y amenazadoramente a "la situación creada por los imperialistas y traficantes de guerra yankees en un pequeño país de América Latina", añadiendo que "los cohetes transcontinentales soviéticos sólo esperan la orden de partida", y la flota norteamericana en el Atlántico Sur fue anunciada como iniciando "un viaje de cortesía hacia varios puertos del Atlántico Sur".

No menos preocupados por los acontecimientos, el estudiantado adhirió a la huelga de los trabajadores, y el Ateneo de Montevideo emitió una declaración de apoyo a las democracias occidentales. Paralelamente, se descubrió en tres depósitos de guarniciones capitalinas que faltaban sub ametralladoras y varios cajones de granadas de mano, mientras corrían rumores de descontento en la Fuerza Aérea, y de que dos regimientos de la frontera estaban movilizándose hacia la sede del Gobierno Nacional. La situación pareció agravarse, todavía, cuando el cable trajo la noticia de que el embajador en Washington había renunciado, pidiendo asilo en su propia embajada, y que el Consejero había sido declarado secretamente como incapaz para gobernar —debido a úlceras en el duodeno y a una misteriosa herida de bala en la región glútea— siendo sustituido por un doble, mientras la dirección del Partido Gobernante era usurpada por advenedizos.

El caos económico, la guerra civil y la intervención extranjera, más el peligro de convertirse en una nueva Corea y en posible pretexto de la Tercera Guerra Mundial eran las terribles consecuencias del ataque de veracidad sufrido por el Consejero, y el desastre parecía inevitable, cuando un modesto ujier de 3ª de la Casa de Gobierno tuvo una idea que salvó las instituciones, la democracia y, casi con seguridad, evitó una conflagración internacional. Mientras retiraba un pocillo vacío de café que había consumido el Secretario del Consejo, en su histórica vigilia, dijo al jerarca: "Y, dígame, doctor: ¿por qué no anunciar que es mentira, que el señor Consejero nunca dijo eso?"

Entonces, así se hizo, y todo el mundo volvió a la normalidad.